Un traspié durante el viejo orden

Cuando culminaba el inusual año 2020, la agencia de inteligencia Kroll, encargada de investigaciones en contra del fraude global y generadora de acertados reportes de riesgo, me encargó realizar un documento que describa los extraños sucesos ocurridos en una nación sudamericana.

No era la primera vez que la agencia emitía informe sobre tal nación, y la última vez no había sido, ni útil en la práctica política, ni expuesto al público, sino que el congreso del país logró desaparecer uno de los tomos – el más elocuente en el destape de la corrupción – del reporte final que fue culminado durante el inicio de los años 2000.

Para poder entender el contexto de los sucesos ocurridos, los cuales rozan lo fantasioso, debemos considerar cuál es el orden social de un país cuyo nombre no puedo revelar, pero que, curiosamente, encaja con más de un ejemplar de aquellas repúblicas del tercer mundo que ocupan américa del sur.

Este país, como muchos, había tenido una ancestral ocupación autóctona, pero fueron, como todos los demás, conquistados, occidentalizados e insertados en la lógica del mercado libre con términos de intercambio unilaterales. A las fachadas de independencia le sobrevino cierto caos, que una, o varias familias, pudieron hacer flotar durante un tiempo. No tardó, sin embargo, en aparecer una tendencia hacia los militarismos y dictaduras, para, (superada esa fase), por fin empezar a cocinarse un ambiente de espejismo democrático. Era ese mundo, que idealizaba el bienestar social y creía que tenía libertad, el que sufrió un breve traspié en su orden cuando aparecieron ciertos rebeldes extremistas.

No podemos detallar, sin develar, mucho de la historia de este país infeliz, aunque hermoso, de gentes nobles e instituciones podridas. La influencia de la religión había aniquilado su espíritu, en un proceso largo, lento y oculto. Sus recursos habían sido depredados, su naturaleza violentada y las propiedades privadas se habían acumulado en las manos de una minúscula cantidad de familias, dejando a nueve de cada diez habitantes en la miseria material y humana.

Aunque parezca broma, se constató la existencia de programas del gobierno orientados a la idiotización popular, lo cual, de la mano de la religión, permitía un control sencillo, especialmente mediante la infusión del terror mediático, y el caos político, en donde se generaban tensiones binarias, entre tal partido o el otro, o bien, entre tal pensamiento, en contra del otro, como si fueran esencialmente opuestos o excluyentes.

Estos detalles pueden explicar tanto la causa, como el contexto de la aparición de cierta agrupación rebelde. Con todo esto que hemos referido brevemente, queremos pintar el escenario de la aparición de cierta brigada paramilitar, la cual representó un pequeño traspié en el transcurso de un orden que databa de siglos. En este país de resentimientos almacenados, se alzó un grupo temible, que fue calificado como terrorista, y que ciertamente trajo horror, movidos por una apasionada sed de justicia.

Es fácil simpatizar con sus ideales, por cuanto, ciertamente, la justica brillaba por su ausencia, y siendo comprada al mejor postor, era comparada popularmente con un servicio de alquiler. Pero por muy nobles que fueran sus altos ideales de una justicia concreta, el camino que tomaron estos individuos fue duramente criticado, y hasta el día de hoy causa debate. Me limito a describir lo ocurrido sin tomar partido, y si me es imposible, haré mi mayor esfuerzo en ser objetivo al resumir los hallazgos del informe presentado al congreso actual del comité de Naciones Unidas Pan-Americanas.

En este país de economía “floreciente” pero de ética tercermundista, se habían perpetuado los mecanismos de injusticia y explotación, por lo que no era infrecuente la aparición de hombres educados o ignorantes que por igual quisieran renovar las bases del contrato social de su nación, por las buenas, o por las malas. De este modo, los rebeldes surgidos del resentimiento tomaron el nombre de una leyenda muy antigua de su país y se hicieron nombrar, al igual que el relato mítico, como la Hermandad del Árbol.

El líder de la Hermandad del Árbol era un sujeto sumamente sagaz, cuyo nombre fue siempre una incógnita, ya que parecía tener mil caras, cambiando de apodo, de una ciudad a otra, y teniendo, conocidamente, hasta siete documentos de identidad. Cuando la policía y la fiscalía interrogaron al sujeto, quedaron en ridículo, ya que este sujeto había tramitado a propósito, y documentadamente, todas estas estafas con la ayuda misma de altos mandos que ahora les ajusticiaban, proviniendo el mal uso de, precisamente, las mismas instituciones, por lo que, al exponerle, era más el daño infligido a las instituciones, que a su persona misma.

Además, el líder de la Hermandad sólo estaba empezando a cosechar los frutos de una larga temporada de preparativos. Por años había infiltrado sus ideales en las mentes de algunos, y diversos grupos, asociaciones civiles y colectivos, simpatizaban con sus reglas generales para la conducción de la vida, que defendían la tolerancia, pero también la determinación para extirpar lo indeseado. Esto se dio en un contexto doble, de una nación semiglobalizada pero explotada y depredada hasta lo insostenible, pero además, en un lugar en que habían existido grupos terroristas en una sangrienta y atroz insurrección en contra del estado y su gente, inocente o culpable, y cuya semilla del horror aún resonaban por rincones oscuros de la patria insoberana.

Con mucha distancia de tales grupos genocidas, los del Árbol predicaban la no violencia, aunque, tampoco sostenían un concepto de la paz, sino que descreían de ambos, pero definitivamente, tal y cómo se había postulado en su manifiesto, la violencia no era un camino que gustaran de utilizar, salvo cuando fuera extremadamente necesario, y eran conscientes de que más sufrimiento no era medicina para curar el sufrimiento.

Puede ser, acaso por eso, que, para algunos, el líder de estos rebeldes, se tradujo en una figura heroica cuya empresa era una de fácil adhesión, incluso cuando no comprendían sus enseñanzas, o siquiera se interesaran en revisar los voluminosos tomos de su nueva religión, que, para la mayoría, por muchos años, no había sido sino objeto de burla.

Los aliados del sujeto de mil caras, tenían diversas líneas, cada cual a su modo. Habían incurrido en una sistemática infiltración en todos los órganos del estado, del primer al quinto poder. Los más avezados se habían infiltrado como secretarios, ayudantes, choferes o amantes de diversos círculos que orbitaba el poder ejecutivo. De igual modo, la Hermandad había financiado los estudios legales de diversos miembros que no tardaron en resaltar en las cortes y terminaron por tener gran influencia sobre el poder judicial. En paralelo, agentes habían, o bien contactado e infestado a congresistas, o en algunos casos limitados, incluso habían logrado representar al poder legislativo mediante inversiones en campañas y entrelazo de relaciones turbias. A todo ello se le sumaba la penetración en dos ámbitos de la información, es decir, el cuarto poder, o el poder de la investigación y libertad de expresión para la información, así como para el reciente Quinto poder, el de los memes, que se encargaba de la desinformación, o la banalización de lo humano. De todos, éste último fue el menos fácil de acceder, ya que era un ámbito oscuro y nefasto, plagados de influenciadores que propagaban la basura mental.

A detalle, se encuentra toda esta información en el primer tomo del documento que he entregado al comité apropiado. Ahora que he descrito brevemente el contexto del país, así como de la naturaleza secreta de las operaciones de infiltración de la Hermandad del Árbol, puedo proceder a culminar el resumen.

A finales del año 2020, año de una pandemia global que ha sido interpretada de muchos modos, la Hermandad dio su golpe final. El mismo día, todos los agentes infiltrados dieron un certero ataque, todos al unísono, y que devastó a muchas familias, así como resquebrajó un entramado de profundas vinculaciones.

Cierto día de diciembre, en la paz familiar, todos los ciudadanos se enteraban que a las 7:16 de la noche, un atentado de múltiples frentes se había llevado a cabo. Los extremistas rebeldes de una religión nueva, se habían justificado en un atroz delirio de sed de justicia, e intitulados con la angelical venganza, habían asesinado a una centena de figuras públicas, de poder, de las cortes, de los medios de comunicación, de la escena política, de la banca, y así, en suma, de diversos ámbitos que habían sido selectamente estudiados.

Inmediatamente después, un millar de rebeldes se entregaron a las autoridades locales, cada cual con toda la documentación que le fue posible recabar de la culpabilidad de sus víctimas, y siempre, sin falta, exclamando que, desde que no había ya justicia en ese rincón de Sudamérica, ellos la habían tomado con sus manos.

El escarnio público fue extenso y la Hermandad fue desprestigiada, vituperada y expulsada de todo lugar. Los culpables fueron condenados a cadena perpetua y al líder se le quemó vivo en una Iglesia colonial, acusado de hereje, inmoral y genocida. Con un rostro triste, el sujeto sin nombre murió, sabiendo que rápidamente, las cabezas que él había cortado, habían sido rápidamente reemplazadas por otras nuevas, y que su acción no había servido sino para satanizar, en adelante, cualquier intento de revuelta de un orden que no habría de cambiar.